

### Abecedario La Ciudad

Con la mirada clavada en ti  
en tus ojos apenas si cerrados  
en tu rostro bañado de sudor de  
me pregunto acerca de tu azarosa vida.

Cómo fue, Señor, que no supieron  
de tu amor, decoro, y castidad;  
cómo fue, Señor, que castigaron  
lo que sólo premiar se merecía.

Tu silencio, Señor, cómo me duele  
lo mismo tu regreso que no llega  
y los hombres alejados de tu mano  
dando tumbos y olvidando tu Palabra.

Pobrecitos, Señor, se inventan mitos,  
van de prisa y se llaman invencibles  
ya no buscan tu rostro sacrosanto  
porque pierden el tiempo ante el espejo.

Son muy pocos los que hoy viven  
pendientes de tu Ley y tus promesas,  
mas viven en santa calma porque saben  
que la ciudad se salva por diez justos.

otomo em ov aúre  
oinimob us obricibim

asfatsa a mis a  
es sup ob

El duero reflejame  
aílla poráigo su huella

de mi fe.  
aílla mi corazón no mi boca

que es su palabra  
de es resuerección

de ella.  
y paz protan de ella.

para nunca fatigable  
ansedumbre insigable

amen para todo humano  
para siempre esclamada

ritura con olor a estremo  
biliter hecha realidad

rescío nítido y fresco  
vuelto caricia

que jamás quebrantada  
va nunca saboreada

de los ojos, sangre nueva  
de me adhiere siempre a Ti.

de todo y soporte de todo vendaval.

### Historia de un saco gris

En un principio sólo fue un pedazo de tela, sin forma ni figura. Era un buen casimir de color gris oscuro, ese que llamaban gris oscuro. Sebastián se lo mostraba a cuanto cliente lo visitaba. En general, escogían otro de color más claro o menos caro. La tienda estaba ubicada en el centro de la ciudad y como en ésta ya no había muchos sastres, don Sebas como le decían a don Sebastián era muy buscado.

El pedazo de tela se fue quedando por que era un retazo que quedaba de la elaboración de un traje completo; después de un buen tiempo estuvo guardado en la vitrina, don Sebastián decidió hacer un hermoso saco en talla mediana a fin de que si le gustaba a alguno de sus clientes, podérselo vender a un precio que fusionara el estilo conservador con el de los modernistas para garantizar su venta. Eligió para el forro una tela de un tono más claro para que contrastara con el del saco y colocó un bolsillo interior cuya abertura fue cubierta con una aguja, una simulaba adorno y la otra servía de tapa para el bolsillo. Cuando terminó la hechura del saco gris, don Sebastián se sintió con satisfacción su obra: estaba bien planchado, perfectamente cortado y cosido, el estilo entre tradicional y moderno por los botones discretos que invitaban al cruzamiento pero que se abría elegante también abierto y en fin, la calidad del casimir y el color lo hacían totalmente deseable para el gusto varonil. Inmediato el saco fue colgado en el aparador que daba a la tienda un letrero muy atractivo: Autorregálese este diseño

### Historia de un saco gris

En un principio sólo fue un pedazo de tela, sin forma ni figura; eso sí, muy buen casimir de color gris oscuro, ese que llamaban gris oxford. Don Sebastián se lo mostraba a cuanto cliente lo visitaba, pero por lo general, escogían otro de color más claro o menos caro. La sastrería estaba ubicada en el centro de la ciudad y como en ésta ya quedaban muy pocos sastres, don Sebas como le decían a don Sebastián- era muy buscado.

Ese pedazo de tela se fue quedando por que era un retazo que no daba para la elaboración de un traje completo; después de un buen tiempo que estuvo guardado en la vitrina, don Sebastián decidió confeccionar un hermoso saco en talla mediana a fin de que si le quedaba y gustaba a alguno de sus clientes, podérselo vender a un buen precio.

Muchas horas le llevó realizar su tarea ya que deseaba hacer una obra de arte que fusionara el estilo conservador con algunos detalles modernistas para garantizar su venta. Eligió para el forro una tela suave de un tono más claro para que contrastara con el del saco y se le ocurrió colocar un bolsillo interior cuya abertura fue cubierta con doble lengüeta, una simulaba adorno y la otra servía de tapa para el bolsillo. Cuando terminó la hechura del saco gris, don Sebastián contempló con satisfacción su obra: estaba bien planchado, impecablemente cortado y cosido, el estilo entre tradicional y novedoso por los botones discretos que invitaban al cruzamiento pero que se veía elegante también abierto y en fin, la calidad del casimir y la del forro lo hacían totalmente deseable para el gusto varonil más exigente.

De inmediato el saco fue colgado en el aparador que daba a la calle con un letrero muy atractivo: Autorregálese este diseño exclusivo.

No obstante, el tiempo pasaba y el saco no se vendía; a veces porque el cliente regateaba y don Sebastián no quería bajar el precio y en otras, porque el comprador también deseaba el pantalón que hiciera el juego, cosa que como el pobre sastre no pudo conseguir material del mismo género, resultaba totalmente imposible.

Después de varios meses don Sebastián hubo de quitar el saco del aparador ya que el sol maltrataba el color, así fue como su hermosa creación fue a dar al perchero donde se colgaban otras prendas que le llevaban para composturas.

En la parte oriente del centro de la ciudad, justo donde residían don Sebastián y su esposa se pusieron de moda los robos a mano armada con motivo del desempleo, la crisis económica y también, habremos de reconocer, que por ese instinto y mal deseo que tienen algunos seres de querer vivir a expensas de otro. Don Sebastián había conseguido reunir cierto dinero que juntaba para su vejez y la de su esposa, dinero que guardaba en su casa por ser desconfiado de los bancos.

Un día, después de una charla que sobre este triste y lamentable asunto sostuvo con uno de sus clientes, se le ocurrió guardar sus ahorros en el saco gris, dentro de aquel bolsillo oculto que había cosido en el forro.

Esta precaución no tuvo tan buen éxito ya que a los tres días de haberla tomado, dos ladrones hicieron su entrada a la sastrería después de amagar a don Sebastián, se introdujeron al domicilio.

Cuando los delincuentes confirmaron que no había dinero en casa les entró tal indignación que empezaron a tirar al suelo todas las prendas junto con las prendas colgadas, fue entonces cuando uno de ellos tomó el saco gris y dijo que le gustaba. Don Sebastián intempestivamente gritó: -¡No, ese no! El ladrón le preguntó: -¿Por qué no? A lo que el pobre sastre, tartamudeando, respondió: -Es que mañana viene el dueño por él. El ladrón soltó una carcajada y dijo al otro: -Vámonos. No faltará quien nos de cincuenta pesos por él; está nuevo y parece fino. Don Sebastián cubrió su rostro con las manos para evitar delatarse.

Los ladrones salieron rápidamente y alguien de la calle gritó: ¡Policía! ¡Policía! Mas la voz fue ahogada por la pisadas de los transeúntes, silbatazos de agentes de tránsito, pitazos de automovilistas y demás ruidos callejeros. Don Sebastián se volvió triste y desconfiado; su esposa trataba de ayudarlo para que saliera de su depresión pero él no contribuía. Dos cosas le dolían y él mismo no sabía cuál más que otra: que se hubieran llevado sus ahorros o la obra que había realizado con tanto esmero. En efecto, ese saco le había llegado a gustar tanto que pensó estrenarlo en Año Nuevo si para entonces no se había vendido, sólo que nunca le pasó por la mente que al ser víctima de un robo, el ladrón o ladrones se pudieran interesar por ese saco.

El ladrón que se llevó el saco le dijo a su compañero que en cuanto lo vendiera le daría la mitad de lo que obtuviera. Se fue a La Lagunilla pero ahí sólo le ofrecieron como máximo quince pesos, decepcionado volvió a su casa y lo mantuvo colgado mientras pensaba qué hacer con él.

Después de varias semanas comenzó a cavilar sobre quién podría dar más dinero por ese saco gris y no tardó mucho en suponer acertadamente que el propio sastre victimado, ya que éste podría cobrar la hechura a su cliente además de complacerlo. Esa noche antes de quedarse dormido, se dijo: -Tengo que madurar bien esta idea, corro el riesgo de que me reconozca y llame a la policía.

Uno de los días en que abrió la sastrería don Sebastián -a parte del robo lo hacía con menor frecuencia- llegó un joven que deseaba mandarse hacer un pantalón. El sastre lo atendió sin mucho interés, mostró telas, dio plazo y precio, tomó medidas y anotó los datos en su pequeño diario de notas. Al momento de irse el joven y despedirse del sastre, éste le recordó que recogiera un envoltorio que dejó en el mostrador cuando le tomó las medidas. El joven al tomarlo dio paso a desenvolverlo al tiempo que decía: -Mire señor, hace poco compré este saco en cien pesos pero como me queda un poco grande no me lo he puesto... No sé si usted me lo quisiera comprar... Don Sebastián permaneció mudo por un rato. No podía creer lo que estaba viendo. En las manos de ese joven estaba el saco que había hecho con tanto esmero donde había guardado su dinero.

El ladronzuelo no hallaba que agregar; temía que aquel buen hombre lo reconociera; optó por salir de la situación con un aire desinteresado: -Si cree que no puede venderlo, entonces me lo llevo, no hay problema. El sastre reaccionó enseguida: -No, no; permítame enseñarlo a mi mujer y si a ella le gusta, verá si le completo la cantidad que me pide por él. Don Sebastián entró al domicilio y abrió la doble lengüeta del forro para buscar febrilmente su dinero, un vuelco dio al corazón al parparlo. ¡Está aquí! ¡Está aquí! Repitió su pensamiento varias veces. Del cajoncito de su buró sacó los cien pesos en feria

volvió al negocio para celebrar la compra. El fingido cliente le dio las gracias y prometió volver por el pantalón. Jamás lo hizo por lo cual no pudo enterarse de las bendiciones que le enviaba el sastre porque recobró no sólo dos cosas perdidas, sino también su salud y con ésta la alegría de su esposa.

De más está decir que don Sebastián estrenó el saco en Año Nuevo, un saco que le costó muchas horas de trabajo y creatividad, angustia y cien pesos.

## El Mexicano

Mientras que la aguja prensaba la órbita del disco que giraba dentro de la vistosa sinfonola y entonces brotaba una voz sensual susurrante que cantaba insistentemente: Bésame, bésame mucho como si fuera esta noche la última vez; una pareja bailaba demasiado junto y al parecer forcejeaba. Él decía: -Ándale, Catita, esta es nuestra noche; dime que sí a lo que te pido mira que te quiero bien, acaso no tienes mi palabra de que regresando de los Estados Unidos nos casamos. Ella trataba de zafarse de aquel abrazo prolongado, pero no seguían los compases de la melodía, simplemente circulaban en un cuadrado de un mosaico celeste que hacía rato había perdido su novedad. La mujer permanecía callada mas en sus ojos se denotaba la angustia que implicaba desear hacer lo que no debía.

El hombre insistió de nuevo apretándola con mayor vehemencia: -En serio, te necesito Catita. Tú sabes que yo nunca he ruego a nadie, además a qué le temes; tres años se pasan pronto, tú sabes que ya me gané la beca, ahora no voy a salir con que no puedo ir. Qué dirá la maestra Aurora que tanto me ayudó. Ella callaba pero se defendía del abrazo con los codos y bajaba la cabeza de vergüenza. Nunca sospechó que él se pudiera ir al extranjero y menos becador; pero que se quisiera ir no lo dudaba pero de que se pudiera ir al día siguiente, no, eso nunca se lo hubiera imaginado.

-¿Entonces? dijo él- ¿Pasamos esta noche juntos? ¿Sí o sí? La canción ahogó un sí apenas audible: Piensa que tal vez mañana ya estaré lejos, muy lejos de ti; él lo leyó en sus labios y los cerró con los suyos. Subieron abrazados al cuarto de la azotea que permanecía solo desde que el anciano que vivía allí, hacía más de un año había sido trasladado a un asilo municipal.

Todo fue lento y angustioso; él pensaba en el otro país que tendría que conquistar para volver vencedor; ella en la incertidumbre que la estrangulaba al no saber lo que podría pasar en tres largos años. Casi al alba se escuchó un ¡Gracias, Catita! y un Tú lo quisiste, Víctor. Ambos salieron de prisa y con un sabor de amor prohibido que les iba a durar por mucho tiempo.

Una a una se arrancaron las hojas del calendario y la vida lastimó a Catita. Ella esperó a Víctor los tres años pero él no volvió; escaseó el trabajo y ella hubo de servir las mesas en el tendajón-depósito-restaurant con pista de baile, donde una noche le dio el sí a Víctor. Y allí fue donde otro hombre -don Gabriel- también iba a servirse de su jovial belleza. Primero se mostró gentil, luego le habló de matrimonio, después exigió la prueba de amor y Catita por sincera y leal, le contó su frágil experiencia. Él se mostró comprensivo y también una noche, bajo el compás de la canción de Velásquez hubo de decir que sí. Este sí cuánta amargura cobraría. Cuando satisfizo los deseos de aquel hombre, éste no se portó como tal. Le hizo ver que él no podría casarse con una mujer capaz de cometer el mismo error dos veces; además le echó en cara que la responsabilidad para darle su nombre, sólo cabía en el primero que la sedujo. Catita comprendió que en esto él tenía razón y también en haber utilizado la palabra seducción.

A los cinco años, cinco meses, y cinco días regresó Víctor de los Estados Unidos; vino muy cambiado, parecía que en vez de ese tiempo hubieran transcurrido más de diez años. Cuando buscó a Catita, ésta ya sabía de su regreso y no quería verlo; por eso faltó al trabajo reportándose enferma. Víctor no se creyó lo de la enfermedad y se encaminó hacia su casa. Tocó al tiempo que entraba, la puerta no